

DP66

L3

v. 13



ACERVO GENERAL

87911

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO II.

REINADO DE FELIPE II.

CAPITULO I.

SAN QUINTIN.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.


De 1556 á 1559.



ACERVO GENERAL

Estension de los dominios de España al advenimiento de Felipe II. al trono de Castilla.—Rompe de nuevo el papa Paulo IV. la guerra contra Felipe II.—Ejército francés en auxilio del pontífice.—El duque de Guisa en Italia.—Sitia á Civitella.—Recházale el duque de Alba.—Determina Felipe II. hacer la guerra al francés por la parte de Flandes.—Ejército español, alemán, inglés y flamenco.—El duque Filiberto de Saboya, general en gefe.—Sitio de San Quintin.—Me-

morable batalla y derrota de franceses en San Quintin.—Ataque y conquista de la plaza por los españoles y aliados: excesos de los vencedores.—Medidas vigorosas de Enrique II. para la defensa de su reino.—Regresa Felipe II. á Bruselas.—Paz entre el pontífice y el rey de España.—Vuelve el de Guisa á Francia con el ejército de Italia: entusiasmo del pueblo francés.—Toma el de Guisa la plaza y puerto de Calais á los ingleses.—Apodéranse los franceses de Thionville.—Completa derrota del ejército francés en Gravelines.—Preliminares de paz.—Plenipotenciarios franceses, ingleses y españoles.—Conferencias de Cercamp.—Muerte de la reina María de Inglaterra, muger de Felipe II.—Sucédele en el trono su hermana Isabel.—Ofrécele su mano Felipe: contestacion de la reina.—Pláticas de paz en Cateau-Cambresis.—Dificultades.—Paz entre Francia é Inglaterra.—Célebre tratado de paz entre Francia y España.—Capítulos.—El matrimonio de Felipe II. con Isabel de Valois.—Disgusto del pueblo francés.—Muerte de Enrique II. de Francia.—Muerte del papa Paulo IV.—Vuelve Felipe II. á España.



Llegamos á uno de los periodos de nuestra historia que han alcanzado mas celebridad entre nacionales y extranjeros, y de los que excitan mas la curiosidad pública. Y siendo para nosotros evidente que este reinado estuvo lejos de llevar ventaja ni en interés ni en grandeza á los de los Reyes Católicos y Carlos V. que le precedieron, en cuyo tiempo se realizaron los descubrimientos mas portentosos, las mas ricas y vastas conquistas, los mas heróicos y gloriosos hechos de armas, las reformas y mudanzas políticas de mas trascendencia é influjo en la condicion social y en el porvenir de la nacion española, creemos poder atribuir aquella singularidad al carácter especial, no bien definido ni fácilmente definible, del monarca. De

aqui los encontrados y opuestos juicios que desde su época hasta la nuestra han seguido haciéndose del hijo y heredero de Carlos de Austria. Todos aquellos que, ó por cálculo ó por genio, han acertado á envolver su conducta en cierta sombra de misterio, asi como gozan del privilegio de mantener viva una curiosidad no impertinente, sino muy natural al hombre, de suyo dado á querer penetrar arcanos, quedan tambien sujetos á sufrir esta vaguedad y contrariedad de juicios, hasta que el tiempo, las investigaciones, el espíritu de exámen, y á veces la casualidad, descubriendo la relacion y las combinaciones de unos y otros hechos, suelen revelar hasta las intenciones mas íntimas y los mas ocultos propósitos y designios. No nos aventuraremos á afirmar que los de Felipe II. sean ya tan conocidos como fuera de apetecer, pero podemos asegurar que muchos de sus misterios han dejado ya de serlo.

En los últimos capítulos del precedente libro hemos dado ya cuenta, guiados por los mas irrecusables comprobantes, los documentos auténticos, de la educacion física, literaria y política del príncipe don Felipe en su infancia y en su juventud; le hemos considerado como regente de España á nombre y durante las ausencias de su padre; le hemos visto enlazarse sucesivamente en matrimonio con dos princesas extranjeras; le hemos seguido en sus viages á Inglaterra y á Flandes, y observado su conducta política en

aquellos estados; hemos informado á nuestros lectores de cómo, por sucesivas abdicaciones del emperador su padre, le fué sucediendo en vida en todos sus reinos, estados y señoríos, á escepcion del imperio.

Aun desmembrado el imperio de Alemania de la herencia de Carlos V., quedaba todavía su hijo Felipe el soberano mas poderoso del mundo. Porque él poseia en Europa los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, los de Nápoles y Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Paises Bajos y el Franco-Condado: tenia en las costas occidentales de Africa las Islas Canarias, y se reconocia su autoridad en Cabo Verde, Orán, Bugía y Tunez: en Asia las Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo los inmensos reinos de Méjico, Perú, Chile, y las vastas provincias conquistadas en los últimos años de Carlos V., ademas de Cuba, la Española y otras islas y posesiones, de aquel grande hemisferio. Y su matrimonio con la reina de Inglaterra ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino. De modo que no es estaño se dijese que jamás se ponía el sol en los dominios del rey de España, y que al menor movimiento de esta nacion temblaba toda la tierra.

¿Correspondia el bienestar y la prosperidad interior al poder de fuera y á la estension de los dominios? ¿Estuvo en armonía el acierto en la gobernacion

con la magnitud de los Estados? Esto es lo que nos irá enseñando la historia, y lo que vamos á comenzar á ver desde los primeros capítulos.

Dejamos á Felipe II. en Flandes ⁽¹⁾ en el primer año de su reinado (1556), y al tiempo que su padre partía para el retiro de Yuste, sufriendo los efectos del odio enconado é injustificable del papa Paulo IV. y de su sobrino, el intrigante cardenal Caraffa, á Carlos de Austria y á su hijo, empeñados aquellos en arrancar al rey de España el dominio y posesion del reino de Nápoles. La tregua de Vaucelles, que el pontífice se habia visto forzado á pedir al ver al enérgico y severo duque de Alba con el ejército español á las puertas de Roma, solo duró hasta que, envalentonado otra vez con los socorros de Francia, dió de nuevo suelta á su mal comprimido rencor contra Felipe, y creyó podia renovar con ventaja la guerra. Las sugestiones de los Caraffas al monarca francés no habian sido infructuosas, y movido aquel soberano de su antigua rivalidad á la casa de Austria y del aliciente de la particion concertada de su codiciado reino de Nápoles, envió á Italia en auxilio del pontífice al duque de Guisa con un ejército de veinte mil hombres de sus mejores tropas. Grande ánimo cobró el anciano Paulo IV. al saber que un general de la reputacion y fama de el de Guisa marchaba sobre Turin, fran-

(1) Recuérdese el cap. XXXII del libro I.

queaba denodadamente los Alpes en la aspereza y rigor del invierno (enero y febrero, 1557), se apoderaba de pasos y plazas mal guarnecidos por los españoles, y avanzaba confiadamente á Roma, mientras los españoles se concentraban para defender las fronteras de Nápoles. Y cuando llegó á Roma hizole el pontífice un recibimiento triunfal, que hubiera cuadrado mejor á quien hubiera terminado felizmente una campaña que á quien iba á comenzarla y no podía responder de su buen éxito.

Y así fué que no tardaron en bajar de punto las magníficas ilusiones de los aliados contra el rey de España; porque ni el de Guisa halló el calor que esperaba en los duques de Ferrara y de Florencia, ni las fuerzas pontificias correspondían á lo pactado, ni menos á lo que Caraffa había prometido, comenzando aquel á conocer lo poco que podía esperar de débiles aliados; ni el pontífice y los suyos vieron en las primeras operaciones del francés lo que la fama de su valor y la celebridad de su pericia los había hecho aguardar. Llevó el de Guisa su ejército á Civitella del Tronto, ciudad de alguna consideración en la frontera de Nápoles, y puso sitio á la plaza (24 de abril, 1557). Por esta vez no dió resultado ese primer ímpetu tan temido de los franceses. Defendiéronse los sitiados con vigor, y acudiendo luego del Abruzzo el duque de Alba con su gente, obligó al de Guisa á levantar el sitio al cabo de tres semanas, y á retirarse

sin fruto y sin gloria (mayo, 1557). Siguióle en su retirada el general español, escaramuzando siempre y molestándole sus tropas. Al pasar el francés el río Tronto, muchos capitanes napolitanos y españoles escitaban al de Alba á que batiese en forma al enemigo: negóse á ello con mucha prudencia el español, y mas prudente anduvo todavía cuando el de Guisa, pasado el río, y elegidas posiciones, le brindaba á batalla. Eludiéndola con mucha habilidad, y sin necesidad de arriesgar su gente, dejaba que las enfermedades fueran diezmando el ejército francés, que el de Guisa se quejara al pontífice y reconviniere al cardenal Caraffa por el papel indigno de su nombre que le obligaban á hacer con sus miserables recursos despues de tan pomposas ofertas, y entretanto los españoles no cesaban de hacer correrías al territorio pontificio, de tomar los lugares flacos ó descuidados, y de poner en continua alarma al gefe de la Iglesia.

El resultado de esta campaña, tan arrogantemente emprendida por los aliados, fué que el de Guisa, desengañado de las pomposas ofertas del pontífice y los Caraffas, exigía á estos que las cumplieran so pena de abandonarlos, y pedía á su córte, ó que le enviara refuerzos ó que le mandara retirarse; y el papa, con todo su odio á Felipe II., al ver el ningun progreso del ejército auxiliar francés, hubiera de buena gana pedido la paz si los Caraffas sus sobrinos no hubieran impedido á los cardenales pro-

ponerle los medios convenientes para alcanzarla ⁽⁴⁾.

Mientras en Italia marchaba así la guerra con ninguna ventaja para el pontífice y con ningún crédito para el de Guisa, el rey don Felipe en Flandes, tan pronto como vió el rompimiento de la guerra por parte de los franceses, habíase propuesto hacerla por la suya con todo vigor, y mostrar á los ojos de Europa que quien había heredado los señoríos de su padre en vida sabría ser un digno sucesor de Carlos V. Al efecto, con la actividad de un jóven que desea acreditarse, envió sus capitanes á Hungría, Alemania y España á levantar cuerpos de infantería y caballería, sin perjuicio del llamamiento general á las armas de sus súbditos flamencos. Despachó también á Ruy Gomez de Silva á España con plenos poderes para que sacase dinero y recursos á toda costa; y no contento con esto, pasó él mismo en persona á Inglaterra con propósito de decidir á la reina María su esposa á ayudarle en la guerra con Francia. Fué en esto tan mañoso y afortunado Felipe, y conservaba tanto ascendiente con la reina, que no obstante las prevenciones del pueblo inglés contra él, y el opuesto dictámen del consejo privado de la reina á comprometerse en una guerra con Francia, á los tres meses de su permanencia en aquel reino volvió á Bruselas (fin de junio, 1557) con la satisfacción de contar con un cuerpo de ocho mil

(4) Pallavic. Hist. lib. XIII.—bro III., cap. 1 á 43.—Leti, Vida Cabrera, Hist. de Felipe II., li- de Felipe II., Part. prim. lib. XII.

auxiliares ingleses, que mandado por el conde de Pembroke se había de incorporar al suyo de los Países Bajos. A su regreso á Flandes activó con el mayor calor los preparativos de la guerra, y nombró general en jefe del ejército á Filiberto Manuel, duque de Saboya, que tan ventajosamente se había distinguido por su inteligencia y valor en las últimas campañas del emperador su padre.

A propuesta y persuasión de dos capitanes españoles, y oído sobre ello el consejo, y muy especialmente el parecer del virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga, cuya opinión, por su mucha esperiencia en las guerras con franceses, era siempre muy respetada y atendida, se determinó poner sitio á San Quintín, plaza muy fuerte y considerable, fronteriza de Francia y los Países Bajos, la cual se hallaba un tanto desguarnecida por creérsela casi inespugnable, y de tanta importancia que entre ella y París había muy pocas ciudades fortificadas. Mas para encubrir este plan al enemigo y llamar su atención hácia otra parte, se acordó abrir la campaña por el lado de Marienburg, ciudad de Flandes que poseían los franceses, y á la cual se dirigió el de Saboya con el ejército desde Bruselas (15 de julio, 1557). La maniobra surtió todo el buen efecto que con ella se proponía y buscaba el general de Felipe II. Toda Francia se movió á socorrer la plaza de Marienburg amenazada y sitiada por los españoles. Figuraba el de Saboya no

poder impedir que entráran en ella refuerzos, y cuando vió que habia conseguido llamar allí la atención y las fuerzas de Enrique II. de Francia, á los ocho dias de sitio levantó de repente el campo, y torciendo á la derecha avanzó á marchas forzadas hasta ponerse delante de San Quintin, dejando á todos sorprendidos con evolucion tan inesperada. Al dia siguiente cayó en poder de los capitanes españoles Julian Romero y el maestre de campo Navarrete, los mismos que habian aconsejado el sitio de San Quintin, el burgo ó arrabal, que constaba de unas cien casas y estaba defendido por fosos y bastiones (1). Desapercibida como se hallaba la plaza y con poca guarnicion, se hubiera tomado en pocos dias á pesar de su natural fortaleza, si el almirante de Francia Coligny, al verla en tan inminente riesgo, no hubiera tomado la valerosa resolucion de lanzarse atrevidamente dentro de ella, bien que perdiendo la mayor parte de su gente, para dar aliento á sus escasos defensores.

El rey Felipe II, que habia salido de Bruselas el 28 de julio, andaba alternativamente entre Valenciennes y Cambray, dando calor á las cosas de la guerra, y disponiendo la incorporacion de la division

(1) La relacion de esta notable campaña, la tomamos principalmente de un códice MS. de la Biblioteca del Escorial, señalado ij-V-3, escrito indudablemente por uno que presencié los sucesos: insertóse esta relacion en el tomo XI. de la Colección de documentos inéditos.

inglesa mandada por Pembroke al ejército del duque de Saboya. Por su parte el almirante Coligny, conociendo todo el riesgo en que se hallaba la ciudad, instaba y apremiaba al condestable Montmorency su tío á que acudiera con su ejército en socorro de los sitiados de San Quintin. Hízolo así el condestable de Francia avanzando desde La-Fere con diez y ocho mil hombres y diez piezas de artillería, y llevando consigo una gran parte de la nobleza francesa. Adelantóse Andelot, hermano del almirante Coligny, con mas intrepidez que prudencia, y aunque él logró penetrar en la plaza con unos quinientos de los mas esforzados, pereció la mayor parte de su division, y comprometió el resto del ejército, introduciendo la confusion en sus filas. Aprovechando aquella oportunidad el joven duque de Saboya con la pericia y presencia de ánimo de un gran capitan, destacó toda su caballería á las órdenes del conde de Egmont, mientras él seguia detrás al alcance con la infantería, y de tal manera acosaron á los franceses en su retirada, que rompiéndolos y desbaratándolos y sembrando por el campo el estrago y la muerte, ganaron una de las victorias mas completas que se leen en los anales de las batallas. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency y su hijo menor, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-André, el príncipe de Mantua, y hasta otros trescientos caballeros de distincion, con cinco mil soldados tudescos: mu-

rieron sobre cuatro mil franceses: quedó en poder de los vencedores toda la artillería, á escepcion de dos piezas, con cincuenta banderas, veinte de franceses y treinta de tudescos. La pérdida del ejército del rey de España no pasó de ochenta hombres. Fué esta memorable victoria el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo ⁽¹⁾.

La nueva de este gran triunfo llenó simultáneamente de terror y espanto á los habitantes de París, que ya se figuraban ver al enemigo á las puertas de la capital, y de satisfaccion y júbilo al rey don Felipe que se hallaba en Cambray. Al día siguiente partió para incorporarse á su ejército, y el 13 de agosto se asentó el pabellon real en un valle á la vista de San Quintin. Viose que el duque de Saboya manifestó al rey ser de dictámen de que se levantára el sitio y se marchára rápidamente sobre París, fundado en que

(1) Hæreus, Anal. Brabant. II.—Herrera, en la General, página 294.—Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. IV.—Leti, Vita, parte prima, lib. XII.—Estrada, Guerras de Flandes, Decad. I. lib. I.—Robertson, Hist. de Carlos V., libro XII.—MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V-3.

En la relacion MS. del Escorial, se nombran los siguientes personajes prisioneros ó muertos.

El condestable de Francia.
El duque de Montpensier.
El duque de Longueville.
El mariscal de Saint-André.
El Rhingrave.
El príncipe de Mantua.

La Roche du Mayne.

Rochefort.

El vizconde Tournay.

El baron Curtou.

Mr. de Enghien (muerto).

El conde de Ville (muerto).

Un soldado de caballería llamado Sedano, natural de Abia, tierra del marqués de Aguilar, fué el que prendió al condestable, y á quien éste entregó el estoque; pero la fé, como entonces se decia, no se la dió sino al capitán Valenzuela, y se repartió entre los dos el premio de la captura. Diez mil ducados era lo que se daba por la prision de un general.

no habia fuerzas que pudieran oponerse á su marcha, y tal vez á la ocupacion de la consternada capital, y que Felipe, ó menós resuelto ó mas prudente, no juzgó oportuno aventurar un paso que pudiera comprometerle, atendidos los inmensos recursos de que aun podia disponer la Francia, y prefirió la ventaja menos brillante pero mas segura de apoderarse de la plaza que tenian delante. Adoptada esta resolucion por los caudillos del ejército, hizo el rey intimar la rendicion al almirante Coligny y á los moradores de la ciudad, bajo la palabra de dejarlos ir libres y aun de hacerles merced. Y como la respuesta del almirante de Francia fuese tan enérgica como era de esperar de su acreditada entereza y valor, comenzó al día siguiente (14 de agosto) á batir la plaza con todo género de armas y proyectiles. La defensa que hizo Coligny fué digna de su reputacion militar, y ella acabó de colocarle en el número de los mayores y mas famosos generales de su siglo. Pero érale imposible resistir á los reiterados ataques de un ejército de cincuenta y seis mil hombres, entre españoles, ingleses, alemanes y flamencos, bien provistos de todo, y alentados con una tan brillante y reciente victoria. Al fin rota por unas partes la muralla y minada por otras, dióse el asalto general, y fué entrada y tomada la ciudad (27 de agosto, 1557), con gran mortandad de hombres, niños y mugeres, en que se cebaron cruelmente los soldados, y cayendo prisioneros el al-

mirante Coligny, su hermano Andelot, y otro hijo del condestable de Francia (4).

Al siguiente día hizo su entrada Felipe II en la destruida ciudad; ordenó que cesára el incendio puesto

(4) El que prendió al almirante fué un soldado de Toro, llamado Francisco Diaz: aquel fué puesto por orden del rey bajo la custodia del maestre de campo Cáceres. Andelot pudo fugarse, no sin sospecha de soborno por parte de los españoles que le guardaban.

En la relacion manuscrita del Escorial, hecha por un testigo de vista, se hace una descripcion horrible de las crueldades y excesos que cometieron los vencedores. «Murió (dice) mucha gente de los enemigos, y hubo algunos que despues de muertos y desnudos en capases, los hombres en el suelo lo abrian por los estómagos, y aun yo vi uno que le sacaron las tripas por el estómago. En las casas que entraban alemanes ó ingleses no dejaban hombre á vida, ni muger, ni niño. Hallóse de cuenta que mataron dentro en la villa, y de los que se descolgaron por la muralla al tiempo del asalto, setecientos y diez franceses, todos hombres de guerra, sin las mugeres que murieron y mochos. Por nuestra parte murieron en el asalto hasta cincuenta hombres por la parte de Navarrete, y por la de Julian hasta cien hombres, con los ingleses que mataron. Saquearon todo el lugar; y dentro en las casas y bodegas mataron mucha gente que se habia escondido en ellas, á todos los que no eran de rescate. Duró el saco hasta otro día en la noche á 28 deste. El saco fué grande, como era tierra de mercancia, y no

hubo soldado que no ganase, y muchos á mil ducados y á dos mil, y algunos á mas de á doce mil. «Cavaron las bodegas y las caballerizas, y hallaron enterrado grandes cosas de vestido y seda, y cosas de oro y plata, en muy grandes cantidades. Puso S. M. gran cuidado y diligencia en que se salvaran las mugeres, y así mandó recoger las que se podían salvar, á la iglesia mayor, que es bien grande. Dióse tan buena maña en esto, que se salvaron mas de tres mil mugeres; unas las metian en la iglesia como estaba ordenado, otras las llevaban á las tiendas del duque de Saboya; pero primero que las llevasen á la una y á la otra parte, las desnudaban en camisa, y las buscaban si tenían dineros; y si alguna saya ó ropa buena tenían, ese la quitaban; y porque dijese dónde tenían los dineros, las daban cuchilladas por la cara y cabeza, y á muchas cortaron los brazos, y hoy 28 de agosto en la tarde y por la mañana se sacaron todas estas mugeres que se pudieron salvar, y por mandado de S. M. se llevaron delante las tiendas del obispo de Arras (Grauevela), y á un lado de las tiendas de S. M.... Las monjas recogió el conde de Feria y el duque de Saboya en sus tiendas, que en esto hubo mucho cuidado, y de que no fuesen deshonradas..... porque á quedar en sus monesterios la noche que se entró la tierra, los tudescos las mataran..... «Los alemanes, sin podello resis-

por los soldados, para que no acabára el fuego de devorarla; limpiar las calles y los templos de los cadáveres y de los caballos muertos y de las inmundicias que infestaban su recinto; hacer un recuento ante su secretario Eraso de todos los franceses prisioneros para enviarlos á diferentes lugares fuertes; y dedicóse el resto de aquel mes y el siguiente á reparar las fortificaciones de la ciudad que su mismo ejército habia destruido, para lo cual; entre otras medidas, mandó cortar todo el arbolado de su fértil campiña. Despachó algunos generales con sus divisiones para que se apoderáran de otras villas y fortalezas del pais. El conde de Aremberg, flamenco, batió con treinta y cinco piezas y tomó el fuerte de Chatelet, y el duque de Saboya rindió y se hizo dueño de la ciudad y fortaleza de Ham, y de multitud de caballeros franceses que dentro de ella habia (setiembre, 1557). Felipe II. aun despues de conquistada y fortificada San Quintin, no creyó prudente internarse mas en el corazon de la Francia, porque sabía las enérgicas y vigorosas medidas que para la defensa de su reino habia tomado el rey Enrique II. en el tiempo que el monarca español habia in-

«tir S. M., pegaron fuego al lugar, que era la mayor lástima del mundo.... Aunque S. M. envió gastadores que atajasen el fuego, no bastó, y así mandó sacar de la iglesia el Santísimo Sacramento y el cuerpo de San Quintin, y así se trujo á las tiendas de S. M. «Quemáronse muchas iglesias y muy buenas, y la tercera parte

«del lugar, y empezó el fuego por la plaza mayor que era lo mejor del lugar. Como los españoles aun andaban saqueando y otras naciones, se quemaron en las casas gran cantidad de personas...» —No queremos copiar mas, porque estremece la continuacion de tan horroroso cuadro.

vertido en el ataque y rendición de aquella ciudad. Y así, dejando encomendada la guarda y defensa de San Quintín al alemán conde de Abresfem con cuatro mil hombres y con algunos capitanes y compañías españolas, dió la vuelta á Bruselas (12 de octubre), donde había mandado juntar los estados de Flandes (1).

(1) En la Relacion citada, hecha por un testigo de vista, se encuentra la siguiente curiosa nómina de los señores y caballeros, especialmente españoles, que sirvieron al rey Felipe II. en esta guerra.

El conde de Feria, del Consejo.
El duque de Sessa (Sessa).
El marqués de Aguilar.
D. Bernaldino de Mendoza, del Consejo (este murió allí el 9 de setiembre).
D. Antonio de Toledo, del Consejo.
D. Antonio de Aguilar, hermano del conde de Feria, de la Cámara.
D. Fernando de Gonzaga, del Consejo.
D. César de Gonzaga, su hijo mayor.
D. Íñigo de Mendoza, hijo del duque del Infantado, de la Boca.
El conde de Olivares, mayordomo.
El conde de Fuensalida.
El conde de Ribagorza.
El marqués de Montemayor.
El príncipe de Ascoli.
El conde de Chinchón.
El marqués del Valle.
El marqués de Cortés, de la Cámara.
El príncipe de Salmona, italiano.
D. Fadrique Enriquez hermano del almirante de Castilla, de la Boca.

D. Juan Manrique de Lara, hermano del duque de Nájara, del Consejo.
El obispo de Arras, del Consejo.
D. Juan, y D. Pedro, y D. Alfonso de Ulloa.
D. Pedro Manuel, de la Boca.
D. Alfonso de Córdoba.
D. Diego de Córdoba, teniente de caballero mayor.
D. Juan de Mendoza, capitán general de las galeras de España.
D. Luis Enriquez, hermano del marqués de Alcañices, de la Boca.
D. Francisco Manrique, hermano del conde de Paredes, de la Boca.
D. Juan de Quiñones, hermano del conde de Luna.
D. Bernaldino de Granada.
D. Juan Pimentel, hermano del conde de Benavente, de la Cámara.
D. Luis Mendez de Haro, de la Boca, hermano del Señor del Carpio.
D. Alvaro de Mendoza, castellano de Castilnuevo de Nápoles.
D. Juan de Abalos, hermano del marqués de Pescara, de la Boca.
D. Felipe Manrique, tío del duque de Nájara.
El barón de la Laguna.
D. Luis de Ayala, hermano del conde de Fuensalida, de la Boca.
El conde del Castellar.
D. Gonzalo Chacon, de la Boca.

Felipe sin duda no había olvidado los arranques de energía del pueblo francés para la defensa de su territorio, de que había dado tan señaladas pruebas en las diferentes ocasiones que le invadió el emperador su padre, y de cuánto esfuerzo era capaz para desenvolverse y mantener su integridad é independencia en los conflictos y casos mas apurados. Por lo mismo, si inmediatamente despues de la derrota del ejército del condestable, y en el momento crítico de hallarse la Francia sobrecogida de temor y de espanto, creyó no deber provocar la exasperacion de un pueblo impetuoso, marchando hácia París como algunos le aconsejaban, habría sido mucho mas inconveniente despues de la conquista de San Quintín, cuando Enrique II. había tenido tiempo para tomar las siguientes vigorosas medidas de defensa. Había excitado el espíritu de nacionalidad en la nobleza y en la juventud del reino, y ordenádola empuñar las armas bajo el mando del duque de Nevers en Picardía; ha-

El vizconde de Ebola.
D. Manuel de Córdoba, hermano del conde de Bailen, de la Boca.
D. Juan Pacheco, hermano del marqués de Villena.
D. Francisco de Tovar, que fué general de la Goleta.
D. Luis Vique.
D. Gerónimo de Cavanillas.
D. Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar, de la Boca.
D. Pedro de Córdoba, mayor-domo.

D. Juan Mansiño.
D. Francisco de Alva.
D. Alfonso Osorio.
D. Diego de Guzman.
El marqués de Irache, italiano.
D. Juan y D. Diego de Cecario.

De todos estos caballeros, y otros muchos, alemanes, flamencos, borgoñones é italianos, que acompañaban al rey muy costosamente vestidos, se formó un lucido escuadron, que se llamaba el escuadron de S. M.

bia llamado del Piamonte el ejército francés del veterano Brissac; había solicitado del turco le socorriese con su armada; había provocado á los escoceses á invadir la Inglaterra para distraer á esta nacion y que no pudiera ayudar mas á Felipe, y por último, había enviado repetidas y urgentísimas órdenes al duque de Guisa para que á la mayor brevedad acudiese con todo el ejército de Italia ⁽¹⁾.

Esta última disposición colocaba en la situación mas comprometida al pontífice Paulo IV. que sin el auxilio de los franceses quedaba imposibilitado de resistir al duque de Alba. Así el enconado enemigo de Carlos V. y de Felipe II., el que había provocado la guerra para arrancar el reino de Nápoles del dominio de España, el que había querido sentenciar en pleno consistorio á Felipe y lanzar el anatema de la iglesia contra el padre y el hijo, despues de desahogarse en amargas quejas contra el de Guisa por el abandono en que le dejaba, se vió obligado á solicitar la paz y á buscar mediadores para obtenerla. Por fortuna suya, Felipe, que siempre había sentido tener que hacer la guerra al papa, lejos de abusar de su ventajosa posición, acogió sus proposiciones de paz, en cuya virtud se juntaron en Cavé para tratar de las condiciones de ella el duque de Alba, virey de Nápoles, por Felipe, y el cardenal Caraffa, sobrino y representante de Paulo IV. Los capítulos en que al fin se

(1) Ribier, Memoir. II.

convinieron distaban mucho de ser tan favorables al rey de España como podia esperarse de la necesidad en que se veia el pontífice. Renunciaba, sí, Su Santidad á la liga con el rey de Francia, y se comprometia á mantenerse estrictamente neutral entre los dos soberanos. Pero el duque de Alba, á nombre del rey Felipe, había de impetrar perdon de su Beatitud por la ofensa de haber invadido los dominios eclesiásticos, con cuyo acto seria reconocido Felipe como hijo de la iglesia y participante de sus gracias lo mismo que los otros príncipes cristianos. Que restituiria el Rey Católico á Su Santidad las plazas que le hubiere tomado durante la guerra. Que de una parte y de otra se perdonarian los agravios, y se devolverian mutuamente los honores, gracias, dignidades y jurisdicciones de que se hubiera privado á sus respectivos súbditos. Y á los capítulos públicos del tratado se añadieron otros secretos relativos á las pretensiones de Caraffa al ducado de Paliano y á los demas dominios de los Colonnas.

Con arreglo á las condiciones de este pacto, que parecia mas bien impuesto por el débil que dictado por el poderoso, pasó el duque de Alba á Roma (19 de setiembre, 1557); recibió el pontífice con toda pompa y solemnidad al que tanto por escrito le había ultrajado ⁽¹⁾; besó el orgulloso general español humil-

(1) Véase la durísima carta nuestro capítulo XXXII. del pre-del duque de Alba al pontífice en cedente libro.